

La mujer reflexionó un momento.

—Tienes razón—dijo al cabo.

Y luego con su tono brusco, casi feroz, murmuró:

—Con todo, yo hubiera querido cuidarlos, por mí misma.

—No añadió que el interes principal que la guiaba era el de la ganancia.

Gualter asentía á la opinión general; pero no pudo resistir á la comezón de poner las cosas en relación con sus puntos de vista.

—Puede ser muy bien lo que dices—murmuró;—pero es lo más fácil que si estaban mal heridos hayan muerto en el camino.

Comentando tal hipótesis volvieron al figon. Por el camino Gendry no dejó de hacer el panegírico de los dos diestros, lamentando la suerte de sus queridísimos amigos. Al despedirse de la mesonera le ofreció enterarse de lo que hubiera acaecido á Cocardasse y Passepoil y darle cuenta de lo que averiguara. Luego se marchó seguido de el *Ballena* y aparentando gran aflicción.

Así tuvieron su elogio fúnebre los dos diestros á la hora en que nuestros amigos cenaban alegremente con Cidalisa, la Nivelle y demás bellas y amables artistas salvadas por ellos de las garras de los malandrines.

X

En el figon

—Va á hacer una noche magnífica—decía Cocardasse á su alter ego al salir de París por la puerta de Richelieu.

—La noche es propicia al amor—repuso Passepoil.

—¡Déjame en paz con el amor! ¡Eso no es propio de hombres serios!

—Dispensa, mi noble amigo. No creo que vayas á regatear seriedad á nuestro señor el noble Lagardère, y ya ves que por el amor ha luchado y removería el Cielo y la Tierra. Pues ¿y el marquesito de Chaverny?

—¡Redobla, redobla, dame matraca con la lengua! Eso no impide que sea ridículo cuanto dices. ¿Qué vas á comparar al pichón ó á M. de Chaverny con un viejo mono como tú?

El normando se sintió ofendido; pero se contuvo y dijo simplemente:

—¡Cada cual con su tema! Sobre este punto nunca estaremos acordados.

—Tienes razón, pequeño; cada cual con sus ideas.

Hablando así los dos compadres habían dejado atrás las fortificaciones y entrado en pleno campo. El Sol declinaba rápidamente; la niebla de los pantanos subía y comenzaba á envolver los objetos.

El gascón metía el pie en baches cada cinco minutos, y lanzaba votos formidables. Passepoil callaba.

—¡Mal pecado! ¿En qué piensas?

—En que no se anda muy bien por aquí en medio de las tinieblas. Si la figonera no nos tiene en su casa hasta mañana, no será muy agradable volver de noche oscura.

—¡Bah! ¡Con que alcancemos á vernos la punta de la nariz!...

—Posible es que ni aun eso veamos después de media noche.

—¡Voto á bríos! ¿Quién piensa en eso? ¡No salimos del figón antes de mañana! ¿Olvidas que la *Bizca* se ha prendado de ti? Y por lo que á mí hace, mientras tenga vino, las noches no han de parecerme largas.

Pronto llegaron ante la taberna, cuyas puertas abiertas de par en par inundaban de luz el camino. Enfrente las dos rejías del figón de los *Sacamantecas* parecían dos ojos enrojecidos y ensangrentados abiertos para escudriñar los misterios de la noche. El gascón pisó los umbrales, y volviéndose á su compañero.

—¡No tengas miedo—dijo con voz tonante:—ya hemos llegado al puerto!

Y dando un paso más y quitándose el sombrero, añadió:

—¡Salud hermosas! ¡Buenas tardes, caballeros!

Fray Passepoil iba tras él, y buscaba con los ojos á la figonera para ver si descubría en su semblante síntomas de tempestad.

—¡Voto á bríos! ¿Qué significa esto? ¡Cocardasse y Passepoil presentan sus homenajes al bello sexo y la compañía, y nadie responde!

La compañía se reducía á Luján y Pinto, que cruzaron una mirada de satisfacción.

— ¡Cocardasse! ¡Passepoil! — exclamaron todos.

—¡Al fin!—dijo la tabernera acudiendo á su encuentro.—Y sanos y salvos, por lo que ve!

—¡Tripas de Satanás! ¿Y por qué no?

—¿No estáis heridos ni uno ni otro?

Al oír aquella pregunta que no esperaban ambos diestros se miraron, y el normando declamó:

—¡Herido en el corazón! ¡Oh Venus!

—¡Mal pecado! ¡Qué fogosidad! ¡Este pequeño no sabrá nunca dominar sus pasiones!—y añadió con aires de matamoros:—¿Y quién osaría, hermosa, hacer un ojal en nuestra badana?

—No os defendáis. Sabemos que os habéis batido como héroes, como leones, para salvar á unas bellas, y anoche mismo.

—¡Sangre de Cristo! ¡Este bribón de Passepoil y yo no hemos permitido nunca que en nuestra presencia se falte al respeto á personas del bello sexo! Pero eso no nos dice cómo habéis sabido la cosa.

La *Bizca* atrajo hacia sí al normando, y le dijo con voz que se esforzaba en parecer serena:

—¡Bravo, pichón mío! Te portaste admirablemente; pero no obsta para que me hayas hecho pasar mucho miedo por ti y por tu compañero.

—¿Por qué?—preguntó el diestro, temeroso de que su amada conociese la aventura completa.

—Nos dijeron que estabais heridos, quizás muertos, y fuimos en busca vuestra para socorreros. Menos mal, pues estáis aquí sanos.

—¡Cuernos de Lucifer! ¿Quién es el belitre que os anunció tan estúpida noticia? ¿No sabía que Petronila es un hada?

—¿Habéis hecho pacto con el Diablo?—preguntó Luján, en cuya frente se marcó una arruga de inquietud.

—No le conocemos; pero le hemos servido tan bien enviándole cientos de malandrines

para sus calderas, que el Malo no piensa ni por soñación en privarse de nuestros servicios.

—¿Habéis matado á muchos?—preguntó Pinto.

—No tantos como nos quedan que matar aún, pipiolo.

—No los contamos—añadió Passepoil:—sería muy fatigosa la cuenta.

—Lo gracioso del caso es que los bellacos vienen ellos mismos á buscar la muerte poniendo su cuerpo en contacto con nuestras espadas, como mariposas que acuden á la luz. Y tengo la convicción de que hay algunos que están preparándose á venir, y que van á perder algo más que las alas.

Esta alusión turbó bastante á los dos jóvenes, que cruzaron una mirada en la cual se leía desfallecimiento y angustia.

—¿Y sabéis dónde están?—preguntó Luján con cierta superstición.

—¡Eh, querido! Si lo supiéramos, haría mucho que habrían acabado de reir. Pero el caso es el mismo. Estoy seguro de que vendrán por sí mismos, y no daría media blanca por los días que les quedan de vida.

Tal fanfarronada produjo efecto en los jóvenes, que se apresuraron á cambiar de conversación.

—Bebamos á vuestra salud— se apresuraron á decir.

—Sentaos—dijo la mesonera,—y os contaremos lo que pasó aquí ayer.

—Tiene razón la patrona. Vais á ver, pichones, que nadie se ha permitido agujerear el pescuezo de Cocardasse.

Pronto al choque de cubiletes y vasos se mezcló el rumor del vino que pasaba por las gargantas y los chasquidos de las lenguas que lo saboreaban. Ibo de Luján deseaba contar á los diestros por sí mismo lo sucedido el día anterior, para dar curso á su fantasía y pasar en silencio ciertas cosas. Así, se olvidó de mentar la intervención de los dos presuntos amigos de los maestros de esgrima, ó sea de Gualter y el *Ballena*. La hostelera, muy contenta con la reaparición de aquellos dos pavos que quería desplumar, no se fijó en la omisión. Pero para hacer valer su interés por ellos recordó que les había preparado camas en las cuales los hubiese curado á haberlos hallado heridos, aunque fuese muy levemente.

—¡Cuernos de Lucifer! Por eso que no quede; nada nos impide aprovecharlas. Sólo que en vez de suministrarlos drogas, nos daréis varios jarros de este excelente vino. Yo no soy como mi amigo, y las mujeres...

Passepoil comprendió que su amigo iba á

cometer alguna pifia hablando más de lo que debía, y por debajo de la mesa, le atizó un soberano puntapié en la espinilla. Pero la alusión hizo exclamar á la figonera.

—Y á proposito. No estando heridos, ¿cómo no vinisteis? El combate fué antes de las diez, y aunque durase media hora...

—¡Qué! ¡Mucho menos! El tiempo para matar cinco hombres: á minuto por cabeza. Pero aquellas bellas se empeñaron.

Nuevo puntapié del normando. El gascón se interrumpió, bebió y prosiguió:

—¡Vive Dios! Tenían miedo las pobrecillas, y tuvimos que acompañarlas hasta París. Allí les dimos las buenas noches, y cuando íbamos á salir, ¡pam!, cerraron las puertas en nuestras narices. El teniente de policía había dado orden de que no saliera nadie, aunque si dejaban entrar al que quisiera. No sé qué razón tendría para ello.

En aquella época era uno de los recursos de que se valía la policía para aprehender á algun malandrín: prohibir la salida de París á todos mientras buscaba en la ciudad, segura de que el delincuente no había tomado las de Villadiego.

—Acepto la excusa—dijo la magnánima figonera mirando á Passepoil, que acababa de exhalar un suspiro de alivio.—Pero ya sabes, bo-

rreguito mío, que soy celosa y que quiero reinar sola.

—¡Tu eres mi reina!—suspiró el normando amartelado.

—¡Bueno, caballeros! Puesto que ostengo, os guardo. Vamos á divertirnos y á jugar hasta que tengamos sueño. Cada cual es libre de quedarse ó de irse á dormir: las camas aguardan. Cerrad las puertas y las ventanas—ordenó á sus sirvientes.—Estamos en nuestra casa, y no queremos recibir á nadie.

—¡Un momento!—dijo Luján — Preparad dados y barajas: vuelvo en en seguida.

—¿Adónde vas?— le preguntó la tabenera mirándole con ceño.

—Á desenterrar una botella de vino añejo, que beberemos en honor de nuestros huéspedes. Procede de las bodegas del Regente, y os *relameréis*.

—¡Vive Dios! ¡Ve pronto á buscarla, pichón! La beberemos á la salud de Su Alteza. ¡Vuelve deprisa!

Al cabo de un cuarto de hora el joven volvió furioso, diciendo que le habían robado y que en vez de la botella halló una piedra.

—Sin embargo—replicó Pinto,—no había nadie cuando la enterramos.

—Nadie. ¡Pardiez, si tropiezo alguna vez con el ladrón, tal agujero le abriré en la tripa,

que por él se le escapará con la vida el vino que me ha bebido!

Inútil es decir que era una farsa. Se había limitado simplemente á ponerse de acuerdo con Gualter Gendry, á quien comunicó la llegada de los diestros.

—¿Dices que no crees que salgan antes del amanecer?

—No; la *Bizca* tiene sus miras sobre Passepoil, y no le soltará en toda la noche.

—¡Tripas de Lucifer! ¡No nos conviene! Es preciso que salgan entre dos y tres de la madrugada. Arréglate como puedas para que los echen.

—No hay modo.

—¡Bueno, pues mucho ojo! Yo me las compondré. Necesitamos matarlos esta noche.

Ibo se apresuró á regresar, y en su precipitación no reparó en que alguien, que sin duda oyó su coloquio con Gendry, le seguía como su sombra.

XI

Maturina

Entre los encargados de toda clase de servicios en la *Cueva Hedionda* había desde poco tiempo antes una joven y robusta hija de la

región de Caux que parecía destacada de un cuadro de Rubens. Alta, bien formada, de facciones regulares, ojos azules, rubia cabellera, opulenta y frescachona, era hermosa, sana y robusta, y parecía bocado de rey. ¿Como una perla tal había caído en aquel fango? Ni ella misma hubiera podido decirlo.

Salió de Normandía sin equipaje ni un céntimo, y tomó el camino de París como único sitio donde podría colocarse de sirviente y ahorrar algunos francos para regresar á su pueblo y hallar esposo. Durante el camino no pudo comer lo suficiente; rendida de hambre y de fatiga llegó al figón de la *Bizca*, del cual salía un apetitoso olor de sopa de coles que no le permitió dar un paso más. La figonera estaba aquel día de buen humor: la vió, se prendó de su aspecto, la interrogó, y le ofreció un puesto en su casa. Justamente necesitaba una sirviente.

—¿Cuantos años tienes?

—Veinte años cumpliré por San Blas.

—¿Te conviene quedarte de criada conmigo, como te he dicho?

—¡Ya lo creo que me conviene!

—Tu salario no será muy grande. Pero no soy una ogresa, y podrás aumentarlo si no eres tonta. Vamos; ven, hija. Voy á darte de comer, que creo que es lo más urgente. Dadle de comer

y de beber hasta que se harte, y luego que se acueste y descanse. Mañana empezará sus faenas, y creo que se portará bien. ¡Has tenido suerte, hija mía, de pararte frente á mi casa! ¡Ah; y á proposito! ¿Cómo te llamas?

—Maturina.

La moza comió y bebió de un modo que dejó admiradas á sus compañeras, las cuales no la miraban con muy buenos ojos al verla tan joven y tan bonita. Temían un tanto su rivalidad; pero la preseñcia del ama, que no permitía bromas con la disciplina, les impedía manifestar su mal humor. Pero pronto se consolaron al comprobar su honradez y su inocencia. Y lo raro del caso fué que la *Bizca*, lejos de empujarla al vicio, parecía velar por que nadie osara atentar á su virtud hurañá.

Poco á poco se habituó á aquel género de vida, y ya no le chocaba que sus compañeras se emborracharan y se batieran á puñetazos y patadas con los clientes que ponían á la puerta, ni todas las demás cosas que al principio la admiraron. Decíase que quizás la moral en París era distinta que en Caux, y que tal vez no obraban así por malicia. Al fin todos los malandrines, viciosos y pícaros que iban al figón se acostumbraron á respetar y admirar á aquella perla caída en el lodo.

Esto sucedió tres meses antes de la llegada

de Cocardasse y Passepoil á la taberna. ¿Adivinó Maturina que el valiente Amable era paisano suyo, ó bien se prendó de él al verle más dulce y menos arrogante que los otros? La cuestión es que se interesó vagamente por él, y que ella, que nunca había mirado á un hombre á la cara, lanzaba á hurtadillas expresivas miradas al diestro, que no reparaba en ello, absorto en festejar á la figonera. Pero como sabía lo celosa que era su ama, procuraba contenerse, y nadie se percató de su interés. Conocía los usos de la casa, y no dudaba que sería desplumado; pero ese riesgo no era de cuidado.

Sin embargo, con intuición femenil desconfiaba de Luján y de Pinto. Había sorprendido entre ellos miradas siniestras, y la noche anterior las salidas misteriosas del primero, así como la que acababa de hacer en busca de la supuesta botella, habían despertado sus recelos. Así, pues, le siguió, oyó su diálogo con Gualter Gendry, y comenzó á quebrarse la cabeza buscando un medio de deshacer las maquinaciones de los cuatro bandidos.

Desde luego pensó que su socorro personal sería debilísimo, insignificante, si no lograba advertir el peligro á los dos diestros. Sin embargo, no veía el medio de apercibirlos sin que se enterasen los dos jóvenes, que no hacían más que llenar el vaso de Cocardasse, el cual

lo vaciaba inconscientemente. Jugaban. Los dos amigos hacían pasar sus escudos al bolsillo de la figonera, salvo alguno que otro que se quedaba á mitad del camino entre las manos de Luján ó Pinto. Las sirvientas terminaron su servicio. Algunas dormían en los bancos y roncaban.

—¡Á dormir!—ordenó la *Bizca*.— Idos á la cama todas, menos una: tú, Maturina, que parece tener menos sueño.

—Yo—contestó ésta satisfechísima.

La tabernera se la presentó á Amable, diciendo:

—¿Ves esa perla? Es aquí la única formal, La única que no tiene novio.

—¡Bah! ¡No hay mujer sin hombre! ¿De qué pasta está hecha.

—Créelo ó no, te desafío á que te hagas amar por ella.

Aparentando ocuparse en otras cosas había oído Maturina la conversación, y se volvió de espaldas para ocultar su rubor. Lo principal para ella era entonces que se había quedado allí, y podía intervenir en el momento en que sucediera algo. Creía fácil impedir que los diestros se fueran antes de ser de día, y decirles lo que deseaba si Luján y Pinto trataban de sacarlos de allí antes de amanecer.

Tranquila ya con estos pensamientos, fué